



trasluz si era correcto o no el trabajo realizado, además la ductilidad de la cera permitía en caso de equivocación una reparación que no ofrecía dificultades. Después de lograr un resultado satisfactorio se encerraba el modelo de cera en un molde de yeso, cuidando que éste llenara completamente las zonas rehundidas. Cuando se solidificaba se retiraba el cristal y el modelo de cera. Una vez obtenido el molde se vertía en él el caolín líquido, procurando que no llevara ninguna impureza, ya que después de la cocción aparecerían en la litofanía como pequeños puntos negros que rebajarían la calidad de la misma. Una vez solidificada la pasta se procedía a su cochura, aplicando las mismas normas que se usaban para obtener porcelana dura, regulándose la temperatura varias veces durante el proceso, llegando a alcanzar más de 1.300 grados. Al final de todas estas operaciones se obtenía la litofanía.

El molde se podía utilizar muchas veces, pero como es natural, cuantas más cocciones soportara, la calidad de las piezas iba disminuyendo.

También existían las litofanías coloreadas, normalmente su calidad artística era muy inferior a la de las blancas, debido a que la mayor parte de las veces se coloreaban para disimular las imperfecciones que tuvieran, pero otras veces se fabricaban así expresamente a fin de satisfacer gustos menos exigentes. Al principio los artistas se limitaban a colorear las litofanías a la acuarela, hasta que un artista checoslovaco K. Phohl consiguió integrar el color en la pasta de porcelana.

Las litofanías hacen su aparición como objetos decorativos y utilitarios a la vez, entre 1827 y 1828, pero resulta más complejo determinar en qué lugar se fabricaron por primera vez. Unos investigadores se inclinan a creer que nacieron en Francia, señalando como posible creador al barón Alfonso de Tremblay, siendo la manufactura más conocida la de Sévres. Otros, por el contrario, atribuyen la invención de las litofanías a la manufactura de Berlín, la más importante de todas, gracias al talento de Friedrich Christoph Frick para lograr una porcelana dura transparente con la cual se pudieran fabricar litofanías. También alcanzó gran fama la manufactura de Meissen.

Pero la vida de este arte fue muy corta, ya que desapareció hace casi cien años. Al terminar el siglo XIX se había cerrado por completo la producción.

Una de las razones fundamentales para su extinción, además de lo costoso de su fabricación, fue la aparición de la luz de gas. Cuando las manufacturas más importantes apenas habían producido unos centenares de litofanías, las luces de gas se podían contar ya por miles en las ciudades más populosas, y teniendo en cuenta que la litofanía servía para embellecer objetos de uso cotidiano, como las lámparas de velas, poco a poco se fue viendo desplazada hasta convertirse en un objeto de adorno cada vez más trasnochado. En esta razón, así como en su fragilidad, encontramos el motivo por el que se conservan tan pocas piezas hoy día. La mayor parte de la gente no valoró absolutamente nada las litofanías, en las que veían sólo un objeto demasiado romántico y absurdo para la sensibilidad moderna, e incluso se desconocía por completo su utilidad y belleza, resultando significativo el dato de que a muchas personas que poseían litofanías se les había ocurrido mirarlas al trasluz, por lo cual desconocían el encanto auténtico de estas bellas placas de porcelana. Afortunadamente hoy se empiezan a valorar con justicia las litofanías, tanto que en algunas manufacturas de Hungría se han vuelto a fabricar, siguiendo modelos antiguos a fin de satisfacer la demanda, ya que las piezas originales escasean.

La fábrica más importante fue la de Berlín, como ya hemos señalado antes, durante el siglo XVIII, la manufactura de porcelana de Meissen había alcanzado gran fama por la perfección de sus obras, sobre todo en la década de los años 40, ya que se abandona definitivamente la influencia china y se fabrica un tipo de porcelana totalmente europea. Pero durante la guerra entre Prusia y Sajonia, la manufactura fue destruida y saqueada por las tropas de Federico el Grande, que además se llevó los operarios más destacados a Berlín, con lo cual la manufactura berlinesa empezó a pasar en los años 70 a primer plano, mientras que Meissen se limitaba a imitar a Sévres. Pero fue hacia 1797 cuando la Manufactura Real de Porcelana de Berlín adquiere toda su importancia y dicta las normas para todas las manufacturas europeas



durante los cincuenta años que estuvo bajo la dirección de G.F.C. Frick.

La marca utilizada por la Manufactura Real Prusiana eran sus iniciales K.P.M. y el símbolo , que empezó

a poner en todas las piezas de porcelana hacia 1825 y en las litofanías hacia 1837.

Respecto a los temas que más se utilizaron para decorar las litofanías, se puede decir que los artistas se inspiraron y copiaron sobre todo obras de pintores alemanes contemporáneos, como J. F. Overbeck y todo el grupo de los Nazarenos, cuya pintura serena y fría, espiritual y de una ternura que a veces rozaba la sensibilidad por su afectación, se adaptaba muy bien a los gustos de la época en ciertos sectores de la sociedad. Entre los pintores paisajistas, de capital importancia en el siglo XIX, se prefiere el estilo de los seguidores de Koch o de Schinkel, cuya teatralidad es más apropiada para este tipo de obras que la profunda visión del hombre y la naturaleza del excepcional pintor C. D. Friedrich. Pero al mismo tiempo, junto a las obras de estos pintores, se copian cuadros de maestros flamencos y holandeses del siglo XVII: Rembrandt, Teniers, Ruisdael, F. Hals o Rubens. Pero uno de los pintores más queridos de los artistas berlineses fue Daniel Chodowiecki, cuyos granados le sirvieron de inspiración una y otra vez. En general los grabados en cobre y litografías de monumentos y lugares célebres de Berlín y Potsdam sirvieron continuamente de modelo para las litofanías, y de esta manera la Puerta de Brandemburgo, la Opera, la Isla de los Pavos o el Palacio de Sanssouci se hicieron famosos en toda Europa. Lueven los encargos sobre la Manufactura y a pesar de que aumenta su producción, se tiene que esperar mucho tiempo para conseguir una, sin embargo aunque aumenta la demanda, hacia 1850 se estanca la fabricación de litofanías por dificultades económicas. En general los temas preferidos en todas las manufacturas eran, sobre todo, los religiosos, de género, paisajísticos y galantes.

Al principio hemos afirmado que la colección de don Antonio Guisado Garay es un caso único entre las colecciones particulares de litofanías conocidas. Esta colección está compuesta por unas trescientas litofanías, siendo la mayor parte de ellas piezas admirables por su gran calidad artística. Para darnos cuenta realmente de la importancia que tiene esta cifra, hay que compararla con las de otras colecciones que se tenían por muy completas. Es poco frecuente encontrar un coleccionista que posea más de 30 ó 40 litofanías, y estos casos son rarísimos. Una coleccionista de París, que creía poseer una de las mejores colecciones existentes, tenía en realidad 30 litofanías, que normalmente es una cifra muy alta, y no quería admitir que existiera una colección como la del señor Guisado. Al comprobar que era cierto, quedó profundamente desilusionada, a pesar de que en aquellos años las litofanías que había reunido este coleccionista eran sólo 140 y no 300 como en la actualidad.

#### EN EE.UU. SE PAGA HASTA 10.000 DOLARES POR UNA LITOFANIA

La mayor parte de los anticuarios tienen un desconocimiento absoluto sobre estas piezas de porcelana, y sólo en las grandes casas de antigüedades de París o Londres existe la posibilidad de adquirir alguna litofanía y, sorprendentemente, los anticuarios portugueses son los que más información poseen sobre este tema. En EE.UU. son rarísimas de encontrar y se paga por una litofanía (de las de mayor tamaño) una cifra tan exorbitante como 10.000 dólares, teniendo que esperar hasta tres meses para conseguirla y, por supuesto, por intermedio de los mejores anticuarios. En la recientemente celebrada Exposición de Anticuarios de Barcelona, causó sensación la colección del señor Guisado, que ha recibido numerosas ofertas para exponer fuera de España. Es significativo que los expertos de Francia e Inglaterra no se han atrevido a valorar la colección, dadas sus características excepcionales. En realidad, debido a la escasez de litofanías, no existe un mercado, como ocurre con otras obras de arte, siendo por esta causa uno de los mayores inconvenientes en que los precios sean aleatorios.

La base de la colección del señor Guisado la formó un

lote de 140 litofanías que fue adquirido a los herederos de don Pedro Martínez Garcimartín, en el año 1971. Don Pedro Martínez Garcimartín fue un gran coleccionista de todo tipo de objetos, poseía interesantes colecciones de caracolas, devanaderas, pitilleras, medallas, abanicos, etcétera, así como de pintura, que fue donada a su muerte al Museo Provincial de Madrid. También se dedicó a coleccionar litofanías, empezó a los trece o catorce años y continuó adquiriendo hasta los 89, en estos 76 años de búsqueda intensa de todo tipo de obras de arte y objetos bellos logró reunir una colección de 140 litofanías. Fue un personaje popular entre los anticuarios del Rastro a principios de siglo y amigo de otros grandes coleccionistas: el marqués de Cerralbo y Lázaro Galdiano.

Don Antonio Guisado, después de adquirir estas 140 litofanías en 1971, impidiendo así que la colección se dispersara, continuó aumentándola, logrando en estos pocos años lo increíble: duplicar la ya asombrosa cifra de piezas. El señor Guisado, verdadero entusiasta del arte y coleccionista infatigable, no ha dejado de realizar nuevas adquisiciones, tanto en España como en otros países (Barcelona, Vigo, Oviedo, Lisboa, Lieja y Londres han sido algunos de los lugares en los que ha conseguido encontrar litofanías).



Los temas predominantes en esta colección se pueden dividir en varios apartados: a) *de tipo alegórico*: hay que destacar cuatro litofanías que representan las estaciones del año, simbolizadas por cuatro mujeres jóvenes que portan los atributos propios de cada estación, van enmarcadas en un medallón romántico; b) *juegos de niños*: en estas piezas es donde los artistas derrochan mayor dosis de ternura, muy al gusto de la época. La composición, en general, de todas las litofanías es muy sencilla, uno o dos personajes ocupan el escenario en que se desarrolla la acción, dejando un lugar siempre para las referencias ambientales, que además suponen un amplio campo para demostrar la habilidad técnica y artística en la diferenciación de calidades. Por estas razones las piezas de este tipo eran las más solicitadas; c) *escenas campestres*: en este grupo se pueden agrupar escenas de todo tipo: familiares, galantes, etc., pero que todas ellas tienen en común el lugar donde se desarrollan: el campo, el cual deja de ser un mero escenario donde se desarrolla la acción, pasando a desempeñar un papel de protagonista junto a los personajes; d) *escenas familiares*: personajes y actitudes no varían respecto a las anteriores, sólo cambia el escenario en el que se mueven, en este caso el hogar familiar; e) *satíricas*: siguen la línea

trazada por la pintura de este género, presentándonos unos personajes que por lo ridículo de sus acciones y pretensiones pueden causar en el espectador un efecto no sólo de hilaridad, sino moralizante; f) *paisaje*: en este grupo el paisaje es el único y auténtico protagonista, así como lo fue en la pintura durante todo el siglo XIX. Muchas veces aparece mezclado con la arquitectura, que pasa a ser un elemento más del paisaje, sin demasiada importancia por sí misma, pero que contribuye a lograr la armonía total del conjunto; g) *escenas religiosas*: se inspiran en la pintura de este tipo, predominando lo emotivo.

Para terminar, volvemos a insistir en la importancia de este arte, creación muy bella del siglo pasado, tan interesante como desconocido, del cual sabemos más por referencias que por experiencia, ya que las litofanías no abundan en los museos y no es fácil llegar hasta las escasas colecciones particulares. Por este motivo es más de agradecer aún la importante labor de divulgación que lleva a cabo con entusiasmo don Antonio Guisado, a quien agradecemos sinceramente todas las facilidades dadas para realizar este artículo.

María del Pilar ARRIOLA

# EN LA PROVINCIA DE MADRID VIVEN CIEN MIL VASCOS

*Aravaca,  
Villaviciosa  
de Odón  
y  
Soto de la  
Moraleja  
son sus  
lugares  
de  
residencia  
principales*

**A**L margen de que Madrid-capital constituya una fiesta siempre para los vascos cuando se trata de algún encuentro futbolístico del Athletic de Bilbao, «peregrinación» ya tradicional que inunda las calles céntricas y los lugares de asueto de la capital de España con una alegría, una euforia contagiante, simpática, desbordante y de gran color («txapelas» e «irrintxi» por doquier), cierto es que la presencia vasca va más allá de estas demostraciones del estupendo carácter norteño. Y va más allá lejos de estridencias festivas más o menos típicas. Sin atuendos característicos de sobra conocidos y tan peculiares. Presencia vasca, pues, no

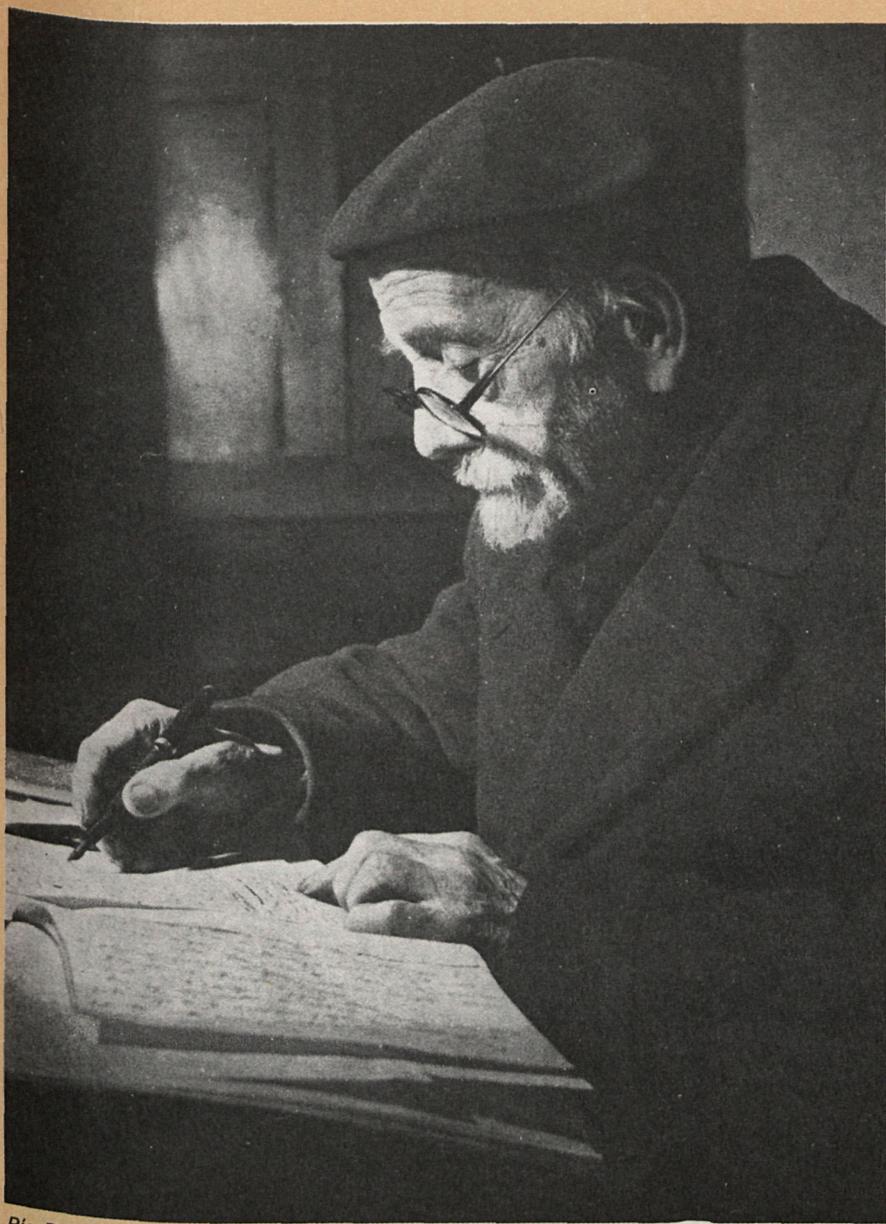
exactamente en el vivir capitalino, sino también en el vivir provincial, en el Madrid-provincia. Pulsemos su asentamiento entre nosotros. He aquí el reportaje de su convivir.

## BREVE TRAZO HISTORICO DE LOS VASCOS ENTRE NOSOTROS

**D**URANTE el siglo pasado, Madrid-capital recibió en su seno todavía de gran población manchego (con intentos italianizantes del alcalde-rey Carlos III, monumentalizados, y todavía sin la influencia francesa que llegaría con la regencia

*Ignacio Zuloaga (aquí en uno de los primeros dibujos de Bardasano), todo un vasco cosmopolita, pero que guardaba superior afecto a su estudio de pintor de la madrileña plaza de las Vistillas*





*Pío Baroja, trabajando en su casa madrileña de la calle Ruiz de Alarcón, en sus últimos años y sin abandonar el uso de la boina vasca, él siempre unido a las vivencias de su más querida tierra*

y el nuevo siglo) el afincamiento paulatino de la burguesía vasca. Atisbos de una España financiera, de una nueva clase irruptora, que con los años iría a sustituir a la ociosa aristocracia, entonces todavía resistente a sucumbir ante el incremento de los hombres de negocios. Aires de fuera —de fuera de España— que traían la iniciación de la Banca, de la industria y del comercio según el planteamiento de un siglo totalmente distinto al que había ajusticiado la Revolución Francesa.

En este balbuciente ambiente de la parte más septentrional de La Mancha (como llamara Galdós a Madrid), hombres y prohombres vascos se instalaban aquí, creaban familias a la par que negocios, entrelazaban coyunturas que acabaron sien-

do vínculos tradicionales entre el centro y el norte de nuestro país (también como cabeza de puente hacia el sur) y se constituían, en suma, en imprescindible pieza para el juego político de varias épocas. Lejos de una España apartada de las vivencias epicéntricas de la actualidad nacional, el espíritu vasco entroncaba y se afianzaba cara a la realidad total de la España decimonónica.

Si el marqués de Salamanca había levantado el barrio de su nombre impulsando un Madrid de aproximación europea, estas familias vascas que iban llegando a la capital de España se instalarían en dicho aristocrático-burgués nuevo barrio, plantando sus reales familias y extendiéndose por él, echando las raíces de una convivencia ur-

bana que duraría hasta nuestros días, una plena integración en los usos y costumbres de la Villa y Corte, una instalación que la incomodidad más contemporánea de esta macrociudad que es el Madrid actual iba a obligarles a esparcirse por la provincia.

## HACIA UN MAPA VASCO-MATRITENSE



ACE tiempo que se viene trabajando en un riguroso estudio sociológico acerca de la población vasca residente en Madrid y su provincia. Todavía muy por encima del dato exacto que merece dicho tratamiento de la cuestión, podríamos decir que actualmente hay unos cien mil vascos entre nosotros, integrados activamente en su presente y en su pasado. Y que un diecisiete por ciento hablan, desde luego, el vascuence. Respecto a las profesiones ejercientes por esta población integramente capitalina, puede perfilarse la mayor variedad de actividades, no como otras representaciones de nuestro mosaico peninsular e insular que parcelan sectores muy propios de su idiosincrasia. Sin embargo, se hace preciso señalar que, muy en concreto, la ausencia de mano de obra obrera en cuanto a un esquema tradicional del mundo del trabajo incluso en la amplitud de lo que se viene ac-

*Religiosos vascos oficiando en el altar mayor de la Basílica del Valle de los Caídos*



tualmente demoninando Madrid-región.

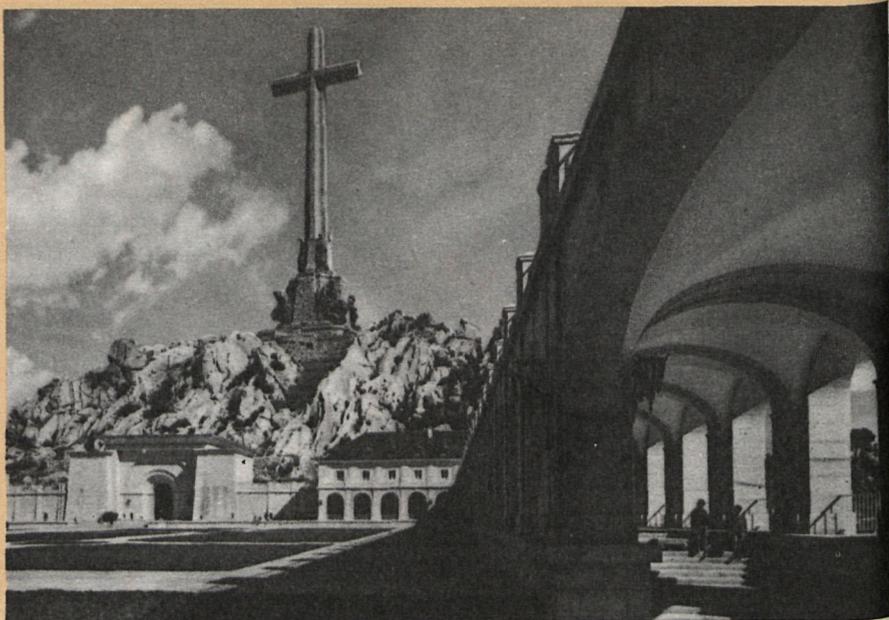
Ello conduce a afirmar sin grave riesgo frente al esperado estudio sociológico definitivo, que la población vasca afincada en Madrid es de clase media hacia arriba.

Pero continuando en el levantamiento del plano o mapa vasco-matritense, añadiendo el mayor número posible de datos, anotemos que si efectivamente dijimos —haciendo historia, inicialmente— que en otros tiempos habitaron principalmente en el seno del barrio de Salamanca (cuando este barrio era el emporio de las zonas residenciales de Madrid), hoy resulta desplazada la situación aquélla y nos encontramos con el cambio de residencias hacia la provincia, hacia colonias más o menos inmediatas al casco urbano de la gran capital. Y localizamos lugares concretos como Aravaica, Villaviciosa de Odón y Soto de la Moraleja.

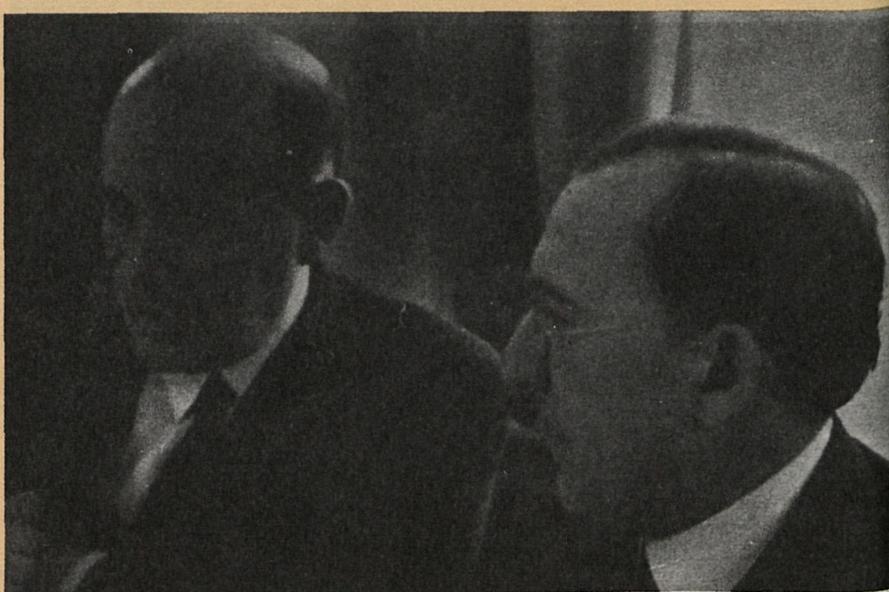
Digamos que estas colonias, que estas nuevas zonas residenciales pobladas por los vascos afincados en Madrid corresponden a sus representantes más socioeconómicamente situados, naturalmente. Pero que ello constituye el epicentro del que irradia la fuerte e importante representación del País Vasco entre nosotros.

Después, por ordenación de clases sociales, hay que señalar que le siguen puntos ya urbanos de la ciudad y que corresponden a barriadas como la de la plaza Castilla y Cuatro Caminos. De Cuatro Caminos se nos ha apuntado que es barrio creado, precisamente, por personal vasco.

En cuanto a sus representaciones en materia de lugares de usos y costumbres del País Vasco, apuntemos que la muestra es amplia, tanto en lo referente al alterne como a la gastronomía, verdaderos consulados de la tierra y su mar, frecuentados no sólo por los vascos residentes aquí, sino por los propios madrileños que tan afines son —también, ¡cómo no!— a las costumbres del beber y comer norteño. Todos caben y todos comparten esa alegría sana y contagiante del disfrute, del



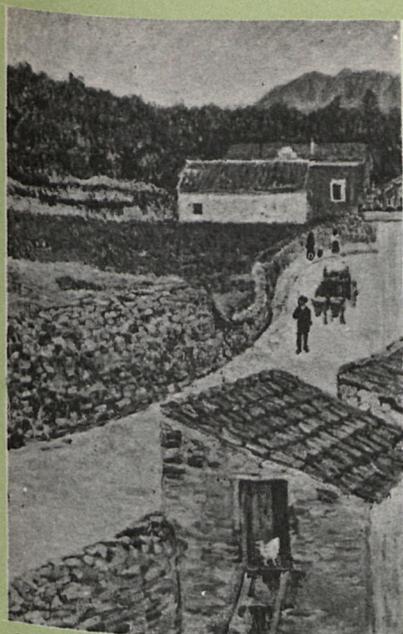
*El monasterio del Valle de los Caídos encierra una población que suman buen número de religiosos vascos*



*Dentro de las máximas cimas vascas en Madrid vemos, en esta foto histórica, a Ramiro de Maeztu y a Víctor Pradera juntos*



*«Tormenta en San Sebastián» se llama este lienzo impresionante de un enamorado de la tierra vasca: el asturiano Darío de Regoyos, cuadro que se conserva en Madrid*



Otra muestra del amor de Regoyos por la tierra vasca es este lienzo titulado «Camino de Ategorrieta»

asuetos colectivos tan propicio de los establecimientos vascos.

El mapa vasco-matritense, pues, queda redondeado, abarcando la provincia como hemos investigado: Aravaca, Villaviciosa de Odón y Soto de la Moraleja.

## EL VALLE DE LOS CAIDOS Y LOS RELIGIOSOS VASCOS

**L**A religiosidad del pueblo vasco que da, una vez más, testimoniada en esta ocasión también. Así, cuando se busca información sobre el número de hijos que las familias vascas aportaron y siguen aportando a las órdenes religiosas, nos hallamos con el dato de que entre los trinitarios, benedictinos, sacramentinos y jesuitas que offician en el Valle de los Caídos se encuentra buena representación. Exactamente en la parte correspondiente a los jesuitas.

Religiosidad que se hace extensible a datos como el de que todos los domingos del año —salvo de julio a septiembre— se celebre, en la capilla del Instituto Social León XIII misa en vascuence, cumplimiento dominical iniciado hace seis años a la vez que ocasión de tertulia. Ya en 1974 tuvo feliz encau-

zamiento hacia la posibilidad de una realidad inmediata de agrupación la Hermandad de San Miguel de Aralar. Como era necesario acogerse al beneficio de una parroquia, lo ha sido la de Nuestra Señora de Aránzazu (que está en la calle de Ofelia Nieto). Informemos que San Miguel de Aralar es el santo con más entronque popular para los vascos, la imagen sella las puertas de las casas, espada en alto escucha complacido las imprecaciones en defensa privada y bienestar público con que es enfervorizado. Hermandad ésta que contando con casi dos años de vida tiene un amplio e intenso programa de activida-

des de todo tipo, capaces de impulsar la más amplia vida de relación y formación.

Cierto también que la empresa inaugurada culturalmente bajo el nombre de Aula Vasca en el Ateneo madrileño no tuvo la fortuna deseada. Por lo demás, nuestro reportaje ha querido reflejar —de manera periódica— la información precisa, todo ello a la espera de ese ya citado estudio sociológico iniciado por expertos y que tanto nos revelará con precisión de datos la amplitud y profundidad de la vida vasca en toda la amplitud de Madrid-región.

**Rafael FLOREZ**

Todo un tipo vasco en la bodega, una de las imágenes más populares de los usos y costumbres del pueblo vasco mucho más allá de sus fronteras

